

El sueño de la estatua

Lyda había permanecido callada, sentada sobre la hierba húmeda escuchando el relato del dragón nimio. En ese tiempo la lluvia fue amainando, hasta ser un leve chispeo, pero las nubes en lo alto no cambiaron su tonalidad gris. El bosque comenzó a desprender ese aroma a húmedo, mágico, que encandila a los soñadores... Cuando el relato dio a su fin, ella quedó bastante consternada. Todas aquellas estatuas habían sido personas... Ahora conocía el secreto de aquellas figuras, desperdigadas por aquellos parajes, aunque había algo que aun no terminaba por comprender. ¿Qué sería aquella voz que todos escuchaban antes de quedar convertidos en piedra? El dragón se apiadó de ella, pero nada podía hacer. Ojalá lo supiera él, le dijo, pues así podría liberar a su amo Quinos, el elfo de Quivarén. Pero ya estaba resignado a esperar, y ni Lyda ni él podían hacer nada... Al poco, viendo que ella sólo callaba, decidió marcharse, dejándola frente a la estatua de Dristan McKeltar. Se despidieron y Lyda quedó sola, o así se sintió ella frente a la estatua.

Lyda quedó muy apenada con lo relatado por el dragón nimio. Pero saber que Dristan, como todas aquellas estatuas habían sido las víctimas de *la voz*, fuera lo que fuese aquello, le daba una esperanza. Había algo detrás de aquellas estatuas, alguna magia poderosa capaz de convertir la vida en la piedra. Lyda era una bruja de la *Magia Mutable*, y no terminaba por comprender aquel proceso. Su magia era reversible, pero un poder capaz de volver a alguien en estatua y dejarlo así por tan largo tiempo, debía ser un poder inmenso, o tratarse de una magia que ella no podía comprender, ni aspirar a albergar.

Estuvo largo rato frente a la estatua de Dristan McKeltar. Observó sus facciones, que mostraban la ferocidad del momento en que quedó congelado. En su rostro se apreciaba el valor que muestran los grandes guerreros que son capaces de enfrentarse al Gran Dragón. Lyda se imaginó la gesta que jamás llegó a suceder: Dristan batiéndose con Mëryl, el Dorado, en un intento por ahuyentar los peligros de aquellas tierras. El dragón desde el aire, lanzando zarpazos y bocanadas de vapor incandescente, y él parando y atacando, lanzando estocadas y al final derrotando a tamaña bestia. Habría sido épico, digno de las historias de los trovadores itinerantes que no recorrían esas tierras. Su cantar

se escucharía en el mundo entero, no entendería de fronteras, ni políticas, ni geográficas, y su gloria sería tan inmensa, que sería recordado por siempre... Y ahí entraba Lyda en su historia imaginada, ella sería su acompañante en su victoria. Pensando aquello, se dio cuenta de que sonreía, mientras miraba el cuerpo de piedra en posición de ataque. Se dio cuenta de que ya se había enganchado, de que ya jamás podría dejar de pensarlo, de que ya admiraba a ese hombre, o a la estatua de ese hombre, o al recuerdo que tenía de él, contado o imaginado... Ya todo eso no importaba. Tenía delante a Dristan McKeltar, y se había enamorado perdidamente de él. Eso ya no iba a cambiar jamás.

Se levantó, y se acercó a la estatua. Se acercó tanto que sintió como se invadían el espacio personal el uno al otro. Se le aceleró el pulso, creyendo que él podía sentir esa cercanía, ese momento. Pero dudó de que fuese así. Le rozó la cara, y sintió la piedra fría y empapada, y se acercó más, y más, hasta quedar frente a él. Sus ojos de piedra parecían mirar más allá, tras ella, a una fiera enorme y peligrosa, pero no le importó y se aproximó más. Entonces, sin besarle, abrazó aquella estatua con todas sus fuerzas, pero ella no le devolvió el abrazo, sino que se limitó a permanecer en su posición de ataque, bien alerta, en la eterna espera de la bestia.

Entonces a Lyda se le ocurrió que había una forma de acercarse más aun a él. De cruzar esa frontera de piedra que los separaba, de encontrar el último ápice de consciencia que quedara en la estatua. Si aquella piedra albergaba alguna vida aun, ella la encontraría, y la cuidaría. Pensó en el hechizo que su amiga Onírica, la bruja de la *Magia Onírica* le enseñó. Juntas habían logrado convertirse en el sueño de otra persona. Era algo muy complicado, y que jamás había logrado ella sola. Las dos, Onírica y Lyda, uniendo sus magias, habían logrado convertirse juntas en el sueño de otra persona, de manera que se introducían en él y lograban jugar con sus sueños. Pensó que si aún quedaba algo de Dristan en aquella estatua, ésa era la forma de encontrarlo, de comunicarse con él, de acercarse a él...

Lyda se concentró en recordar el hechizo. Sabía las palabras que Onírica decía, conocía su significado y sabía cuál era su parte en el conjuro. Pensó en Onírica, la pobre Onírica, ahí tendida bajo la columna caída de su Palacio de los Sueños... Pero luchó por mantenerse serena, por recordar sólo a Onírica y al hechizo. Abrazó a la estatua tan fuerte como pudo. Recitó las palabras de Onírica y las suyas, entrelazó cada vocal y cada letra para lograr

recitarlas simultáneamente. Apretó con más fuerza la estatua. Vio la cara de Onírica. Se vio a sí misma volando hasta ese lugar. Vio la estatua desde el aire. Hizo más fuerza contra el cuerpo de piedra. Repitió las palabras, una y otra vez. Cada vez más rápido. Onírica. Dristan. El hechizo. La estatua. El dragón. *La voz...* Y entonces, como si todo un torbellino de ideas hubiera dejado de girar en su cabeza, sintió el olor de la magia flotar alrededor. Recordó el color que el aire tomaba cuando la *Magia Onírica* surtía efecto. Y ese violáceo nubló todo alrededor, hasta que Lyda no pudo ver nada. Sólo sentía la estatua contra sí. La piedra fría y húmeda. Y creyó sentir que le devolvía el abrazo...

Cuando volvió en sí, ya no estaba allí. Estaba en cualquier otro lugar, y no era Lyda, sino un hada diminuta y pelirroja, que revoloteaba danzando sobre un páramo verde, cubierto de un pasto reluciente. Se trataba de un hermoso valle entre montañas, por el que corría un riachuelo de aguas cristalinas. Éste descendía por un sendero natural como producto del deshielo, y se perdía hacia el sur. Aquellas montañas eran muy diferentes a cualquiera que hubiera visto Lyda en su vida. Hacia el noroeste, sobre las cimas más altas, parecía que el cielo se tornaba en atardecer repentino, mientras que hacia el sureste, el día lucía radiante, como en las primeras horas de la mañana. Aquél espectáculo fue digno de un bonito sueño, y Lyda se preguntó cómo alguien podía imaginar un atardecer a medio día, tras aquellas altísimas montañas... El azul brillante se iba anaranjando sobre las montañas al noroeste, para oscurecer por completo tras éstas... Era algo increíble, y precioso. No supo si era su imaginación la que componía el sueño, o si sería la de Dristan, tratando de evadirse de su eterno letargo... Entonces cayó en la cuenta de que Dristan estaba allá abajo, en el suelo, tomando el sol sobre el pasto, tumbado boca arriba.

No muy lejos pastaban unos animales de grandes proporciones, con manchas blancas y negras, y grandes cuernos en la cabeza. Y al otro lado del río, en la vertiente occidental, crecían miles y miles de flores rojas, que cubrían gran parte de la pradera. Más allá, las montañas volvían a nacer, elevándose hacia donde el día lucía azul y maravilloso. No había una sola nube. Un lugar idílico, digno de un bonito sueño.

Al acercarse Lyda, Dristan pareció reconocerla, y se incorporó, quedando sentado sobre la hierba. Por alguna razón que no puede escapar de los sueños, Dristan ahora tenía su mismo diminuto tamaño. Lyda observó sus facciones, ya relajadas. Tenía una melena rubia oscura, y una barba espesa del

mismo color. Sonreía con naturalidad, como si se conocieran de toda la vida, como si entre ellos hubiera una complicidad que trascendiera al sueño, o que sólo existía en él, mientras durase. Vestía ropas livianas y estaba descalzo. Su cuerpo era musculoso y se veía fuerte y sano. Él la observó mientras descendía y se sentaba. Ella no se intimidó por la confianza prematura, y se dejó llevar, pues aquello era un sueño, y ella podía controlarlo con la *Magia Onírica* que conocía.

Al principio no dijeron nada, se quedaron sólo mirándose el uno al otro. Ella estaba fascinada. No sabía si era resultado del sueño, de la *Magia Onírica*, o aquello era un fiel reflejo de la realidad, pero Dristan era guapísimo. Entonces, como si algo dentro de ella quisiera romper el hielo, sin saber cómo, soltó un sonoro hipo, y Dristán se sobresaltó, para en seguida echarse a reír del susto. Ella se sonrojó, y le siguió con la risa.

- ¿Cómo estás Lyda?- Preguntó Dristan.

- Bien, ahora que estoy aquí contigo.- Por un segundo se calló.- ¿Dónde estamos? Este lugar es precioso.

- Estamos en las tierras donde moraban mis antepasados, o al menos así me las describieron a mí desde que era niño.- Contestó.

- Es un lugar bellissimo.

Él asintió.- Esto es un sueño, ¿verdad?- Añadió, a lo que Lyda afirmó.- Porque hacía mucho tiempo que no tenía un sueño. Me siento ahora como liberado de un largo instante en que no podía ver, ni oír, ni sentir, ni obtener sensación alguna. Y sé que en cuanto te marches terminará, y volveré a sentirme sólo e infeliz.- En su rostro, a pesar de aquello, parecía dibujarse una expresión incrédula, como si no le importase.- Pero ahora me siento bien. Me encanta estar aquí contigo.

Lyda sonrió. A ella también le gustaba estar ahí con él. Tenía una sensación extraña, de estar con alguien completamente desconocido, pero del que conocía todos sus secretos y anhelos. Él se aproximó, no sabía si porque ella lo había deseado en el sueño, o si porque él era capaz de actuar a su libre albedrío. Jamás lo sabría, pero no le importó. Él se acercó tanto que por un instante permanecieron a escasa distancia, y ella nerviosa, lanzó un segundo y sonoro hipo... Él sonrió, pero ella se puso muy nerviosa. Deseó con todas sus fuerzas no volver a hipar, pues sería fatal, se convertiría en un monstruo horrendo. Pero lo peor de todo es que temió que se rompiera el hechizo. Mientras el sonreía y se aproximaba aun más, ella comenzó a temblar,

deseando con todas fuerzas controlar el tercer hipo, y fue entonces cuando él la beso.

Fue un beso precioso. Lento como cuando dos desconocidos se exploran a fondo, y se dio cuenta de que ya no volvería a hipar, pues aquella sensación maravillosa le relajó hasta el punto que ambos se echaron sobre la hierba, sin dejar de besarse. Aquel momento se volvió, de tierno al principio, hasta frenético al final. Se abrazaron, y se manosearon apasionados, a sabiendas de que nadie podría verles en aquel sueño imposible. Sus cuerpos se deseaban como si lo hubieran hecho toda su vida, y se recorrieron, explorando cada recoveco. Rodaron y ella se puso encima, después volvieron a rodar y quedó él sobre ella, y así unas cuantas veces más hasta que comenzaron a quitarse ropa. No se dijeron nada, ni pararon de besarse un segundo. Era algo que los dos deseaban y que se permitieron. Los dos sabían que aquello era un sueño, y como todo lo que es finito desde un principio, había que vivirlo de la forma más intensa posible... Fue algo precioso. Lyda y Dristan hicieron el amor sobre la hierba, en aquel valle de ensueño, entre altas montañas tras las cuales anochecía a un lado, y al otro el sol lucía radiante. Y cuando terminaron, volvieron a hacerlo, y así hasta dos veces más y quedar exhaustos. Nadie los interrumpió en todo aquel tiempo, fue un momento para los dos, que terminó como empezó, con dos desconocidos en una intimidad que sólo podía existir en aquel sueño.

- ¿Volverás?- Dijo él, desnudo, junto a ella, mirando el anochecer repentino sobre las montañas.

Ella asintió firmemente.- Te lo prometo. Los sueños deben terminar, y aunque ahora me marche, volveré.

- Hazlo, por favor, porque ahora ya te necesito. Eres un respiro mientras me ahogo. La bocanada de aire que me llega cuando está a punto de terminar todo.

- Volveré tantas veces como me sea posible. Y trataré de buscar el modo de liberarte.

- No debes tratar de liberarme. Estoy aquí porque fui incapaz de resistirme a *la voz*. No me gustaría que ella se apoderase también de ti... Porque entonces ya no podrías volver, y entonces todo terminaría para mí.

- Bueno, sólo has de esperarme. Siempre volveré. Siempre estaré aquí para ti.

Los dos asintieron. Se tomaron de las manos, y supieron que aquel momento terminaba. Lyda sintió con fuerza el torbellino del regreso. El aire alrededor de ellos se tornó violáceo, y su olor se hizo tan intenso que comenzaron a adormilarse. Se apretaron con fuerza, se abrazaron se besaron, pero la magia ya había comenzado a girar, y todo se fue desvaneciendo...

Cuando Lyda se despertó estaba tumbada junto a la estatua. Ya había anochecido y la luna se asomaba entre las nubes, luciendo un cuarto creciente perfecto. Ella se sintió entonces muy sola, cansada y desorientada. Observó la estatua de Dristan y pensó que aquello realmente no había sucedido, y que jamás sucedería, y se apenó mucho. Pero se consoló pensando que al menos había soñado que lo conocía, que se enamoraban, y que hacían el amor... Era suficiente, incluso sin estar segura del todo si a Dristan le habría llegado el sueño, o si todo habría sido simplemente su propia ensoñación, y él permanecía en su letargo infinito...

Con la duda, se levantó, le rozó la mejilla de piedra, y se dispuso a regresar a su hogar. Su cuerpo se elevó en la forma de aquella hermosa ave, y cruzó los cielos nublados de camino a su hogar.

El Sueño de la Estatua
Lyda de Lis. Historia de una Estatua de Piedra
Memorias Olvidadas
Darka Treake
www.modt.net